

Sección internacional

LIBIA

Entre el mar de petróleo y el inhóspito paisaje

País situado en la costa mediterránea de África del Norte, en la región del Magreb, Libia finca su economía en la explotación de vastos recursos petroleros. Por lo general las escasas noticias que las agencias occidentales proporcionan sobre ese lejano país se refieren a una economía inundada en combustible y a un régimen en permanente conflicto con sus vecinos y las potencias capitalistas. La beligerante actitud de sus relaciones con el exterior ha conducido al Gobierno de Trípoli a una situación de virtual aislamiento político e incluso el territorio libio ya ha sido blanco de incursiones militares. En muy contadas ocasiones el flujo noticioso informa, por ejemplo, de las vicisitudes que encara esa nación árabe para, por un lado, costear la adquisición de equipo bélico moderno y, por otro, construir una economía menos dependiente de un producto sujeto a las fluctuaciones del mercado internacional. Tampoco nos informa de los titánicos esfuerzos para doblegar los formidables obstáculos natu-

rales, como la dramática escasez de agua y la pobreza extrema de los suelos, ni de los avances en los niveles de bienestar de la población que el actual régimen ha impulsado desde el inicio de la Revolución de Septiembre, hace ya 18 años.

Libia es una economía en desarrollo con enormes y en algunos casos vitales carencias. Situada en la región más conflictiva del mundo, es el segundo productor de crudo de África —después de Nigeria— y supuestamente el más importante promotor y exportador de terrorismo (cuestión que no registra la balanza de pagos). Pero ese país también tiene un proyecto de desarrollo que, sustentado en una ideología sui géneris, se orienta a erigir una sociedad con menos carencias, más igualdad y menos vul-

nerable, por lo menos en términos estrictamente económicos. En esta nota se describen de manera general, y hasta donde la información disponible lo permite, algunas características de la estructura productiva de ese país y la evolución de los agregados económicos más representativos. Asimismo, se presenta una rápida revisión de los acontecimientos históricos recientes que han instalado a Libia y a su carismático y controvertido líder Moammar al-Gaddafi en el ojo mismo del huracán.

El pasado reciente

De 1911 a 1942 Libia fue una colonia italiana. Con la victoria de los aliados en África del Norte tropas británicas y francesas

En la elaboración de esta nota se consultaron las siguientes fuentes: "Libye: conjoncture morose", en *Études et Communication*, Banque Française du Commerce Extérieur, núm. 224, agosto de 1987; "Libya", en *The Europa Year Book 1987: a World Survey*, Europa Publications Limited; "Libya, The Great Socialist People's Libyan Arab Jamahiriya", en *The Middle East and North Africa 1987*, Europa Publications Limited; "Libya", en *Abecor, Country Report*, Barclays Bank, febrero de 1986; "Libya", informe económico publicado por el National Westminster Bank, agosto de 1985; George Henderson, "Qaddafi's Waterloo", en *Africa Report*, septiembre-octubre de 1987; "Libya", en *African Trade Review*, núm. 234, octubre de 1985; "Dificultades económicas de Libia", en *Boletín Económico de Información Comercial Espa-*

ñola, núm. 2037, 26 de mayo al 1 de junio de 1986; Mohammed Bescir Fergiani, "The Libyan Jamahiriya", Darf Publishers Ltd., Londres, 1983; *Commodity Year Book*, Commodity Research Bureau, Nueva York, 1987; *International Financial Statistics, Yearbook 1986*, FMI; Estadísticas Financieras Internacionales, FMI, vol. 40, núm. 9, septiembre de 1987; *Direction of Trade Statistics Year Book*, FMI; *Petroleum Economist*, vol. 54, núm. 9, septiembre de 1987; "Abandona la OPEP su precio de referencia", en *Comercio Exterior*, vol. 35, núm. 2, febrero de 1985, pp. 161-164; Elaine Sciolino, "Libya Says Political Treaty with Algeria Is Near", en *The New York Times*, 8 de octubre de 1987, e "Intenta Gaddafi formar nuevas alianzas en África para romper el aislamiento político", en *El Universal*, 1 de noviembre de 1987.

Las informaciones que se reproducen en esta sección son resúmenes de noticias aparecidas en diversas publicaciones nacionales y extranjeras y no proceden originalmente del Banco Nacional de Comercio Exterior, S.N.C., sino en los casos en que así se manifieste.

ocuparon el territorio libio. Las provincias de Cirenaica y Tripolitania quedaron bajo la administración del Reino Unido y Fezán bajo la férula del Gobierno galo. En 1951 la ONU emitió una resolución en la cual se proclamó la independencia del país, se constituyó una monarquía federal integrada por las tres grandes provincias y el emir de Cirenaica y héroe de la resistencia, Idris al Mahdi, fue ungido Rey.

La vida independiente del país enfrentó de inmediato severos problemas, tanto económicos y financieros como políticos. Uno de los mayores retos fue aglutinar a la dispersa población —buena parte de ella nómada y seminómada— alrededor de un proyecto de unidad e identidad nacional. Por aquel entonces la gran mayoría de los habitantes se agrupaba en torno a la autoridad tribal, la cual constituía la máxima unidad social, política y económica. Durante algún tiempo esto fue un serio obstáculo para la autoridad federal e incluso dio lugar a importantes fricciones por el control político. Con la ayuda técnica y financiera de agencias internacionales y de los gobiernos de Estados Unidos y de Gran Bretaña la monarquía emprendió una serie de programas en el terreno económico. Por esos años la economía se sustentaba en una agricultura de subsistencia con algunas exportaciones de ganado, cueros y pieles, nueces y semillas. En términos generales los proyectos se orientaron a mejorar los sistemas de irrigación y de acopio y almacenamiento de agua, intensificar la reforestación, introducir métodos de cultivo más modernos, así como a promover el establecimiento de industrias procesadoras de alimentos y materias primas.

La búsqueda de recursos petroleros constituyó otra prioridad fundamental del nuevo Gobierno. Pocos años después de la independencia diversas empresas petroleras extranjeras iniciaron estudios geológicos en territorio libio. En 1955 se emitió una ley en materia de hidrocarburos que dio origen a una comisión gubernamental facultada para otorgar concesiones para actividades de exploración y explotación. Dichos permisos se concedieron con base en una participación de 50% sobre los ingresos que se obtuviesen y se estableció que las concesiones tendrían vigencia temporal, esto es, que después de cierto tiempo pasarían a manos del Gobierno. A mediados de 1959 cerca de una veintena de empresas extranjeras tenían concesiones y a principios de 1960 existían 35 pozos con un rendimiento conjunto de 93 000 barriles diarios. De 1962 a 1966 la producción

de petróleo creció a un ritmo impresionante y las exportaciones de crudo registraron un aumento medio anual de 72%; en 1967 Libia se convirtió en el cuarto exportador del mundo. El crecimiento de la industria petrolera fue particularmente dinámico después del cierre del Canal de Suez en 1967 como consecuencia del conflicto árabe-israelí.

En términos generales los primeros años de la monarquía se distinguieron por una relativa estabilidad política interna y por una actitud de acercamiento diplomático tanto al mundo árabe como a Occidente. El primer acontecimiento importante en la esfera de las relaciones con el exterior fue la admisión de Libia en la Liga Árabe en 1953. Los acontecimientos relevantes sucesivos se vincularon con las penurias económicas y con el reforzamiento de las concepciones geopolíticas de las potencias. En ese mismo año Libia signó un tratado de 20 años con el Reino Unido. A cambio de ayuda para el desarrollo, el Gobierno libio dio su anuencia para que ese país estableciera bases militares en su territorio. En 1954 firmó un acuerdo similar con Estados Unidos. Por esos años Libia también estrechó sus relaciones con Francia e Italia mediante pactos de amistad y convenios financieros y comerciales y continuó alimentando sus relaciones con sus vecinos; en 1956 formalizó un acuerdo comercial con Egipto.

En resumen, el problema crítico de Libia durante sus primeros años de vida independiente fue la notable escasez de recursos financieros para atender las urgentes necesidades de su población y alentar el crecimiento económico. Dado el atraso de su estructura productiva y sus raquíticos ingresos de divisas, el único medio de que disponía la nación para allegarse fondos era "alquilar" su posición estratégica a Occidente para el establecimiento de bases militares y recibir a cambio ayuda financiera y asistencia militar. Esa concepción de la política exterior se mantuvo casi inalterable durante los cincuenta y principios de los sesenta. Posteriormente el vínculo fundamental con la economía internacional sería el petróleo.

La Guerra de los Seis Días entre los estados árabes e Israel en junio de 1967 alteró de manera transitoria las relaciones de Libia con Occidente. Las hostilidades produjeron serios disturbios en Trípoli y Bengasi, las embajadas británica y estadounidense fueron atacadas y las minorías judías perseguidas. Un resultado inmediato del conflicto fue la caída en cerca de 80% de

la producción petrolera libia debido al boicot de suministro de crudo que impusieron los países árabes al Reino Unido, Estados Unidos y Alemania Federal. La prohibición terminó en septiembre, y de resultados del cierre del Canal de Suez la explotación y la venta de crudo registraron un gran dinamismo. En 1968 la producción se elevó 50% y el país se convirtió en el segundo productor del mundo árabe, con la gran ventaja de estar situado en el "lado correcto" de Suez. Esto fue decisivo no sólo después de la guerra de 1967 que condujo al cierre del Canal, sino desde 1956, cuando el líder egipcio Nasser nacionalizó esa vía marítima. Fue entonces cuando los grandes consorcios petroleros intensificaron la búsqueda de mantos de petróleo al oeste de Suez y en 1960 cerca de 20 empresas exploraban 95 áreas concesionadas que cubrían 65% del territorio del país.

Al término del conflicto árabe-israelí el Gobierno emprendió diversos programas tendientes a acelerar la reestructuración de la economía, reorganizar la administración pública e impulsar reformas sociales que atemperasen la inconformidad existente que se manifestó con crudeza durante la guerra. Asimismo, ante la explosiva situación del área se inició una modernización de las fuerzas armadas, lo cual elevó notablemente la compra de equipo bélico; empero, esto reforzó sus vínculos con Occidente más aún que con sus vecinos.

La Revolución de Septiembre

En septiembre de 1969 un grupo de jóvenes oficiales nacionalistas integrados en la Free Unitary Officers derrocó al rey Idris y proclamó la República Árabe de Libia. El golpe, que se produjo mientras el monarca se encontraba en Turquía, fue incruento y rápidamente ganó el apoyo popular. Al frente del nuevo Gobierno quedó un Consejo al Mando de la Revolución (RCC) encabezado por el coronel Moammar al-Gaddafi, a la sazón un joven de 27 años. Una de las primeras medidas del régimen, influenciado notablemente por las ideas del líder del nacionalismo árabe Nasser, fue la promulgación de una Constitución provisional que planteaba que el poder supremo debería permanecer en el RCC, auténtico representante de los intereses populares; empero, no se preveía la realización de elecciones generales y sí se mantuvo la prohibición real sobre la creación de partidos políticos. Hasta 1970 gobernó una coalición formada por civiles bajo la estrecha vigilancia de los militares. Al año siguiente

Gaddafi se convirtió en primer ministro y se creó la Unión Árabe Socialista, el único partido político permitido.

Desde entonces la vida económica y política de Libia se vinculó a los designios de ese carismático personaje. En todos esos años, la estructura productiva, a pesar de los mayúsculos esfuerzos, no ha sufrido grandes alteraciones, pues la riqueza petrolera continúa desempeñando un papel protagónico tanto en las épocas de auge como en las de depresión. Sin embargo, las relaciones con sus vecinos y Occidente se tornaron inestables y tirantes.

El proyecto revolucionario

El nuevo régimen emprendió una serie de reformas económicas y una reorientación de la política exterior. En el ámbito económico se procedió a instalar al Estado como el eje de la conducción económica y de inmediato se inició un proceso de "desprivatización" y "libianización" de los activos del país. Una de las primeras acciones reivindicativas fue la confiscación de las propiedades de judíos e italianos, quienes además fueron persuadidos de abandonar el país a la brevedad posible. Asimismo, con el fin de mejorar las condiciones de bienestar de la población, los salarios mínimos se duplicaron y el alquiler de viviendas se redujo drásticamente. El amplio consenso popular que estas disposiciones provocaron acalló la inconformidad de los grupos privilegiados por la afectación de sus bienes.

Reorientación de la política exterior

El coronel Gaddafi promovió un papel más activo de su país en el mundo árabe y una gradual desvinculación de Europa y Estados Unidos. Una de las primeras determinaciones de la República fue remover de territorio libio las bases militares extranjeras. En marzo de 1970 las tropas británicas evacuaron sus bases de El Adam y de Tobruk y poco tiempo después los estadounidenses abandonaron la base de Wheelus, cerca de Trípoli.

Desde su inicio la política exterior se orientó a fortalecer los vínculos diplomáticos y económicos con el mundo árabe, en especial con Egipto. A fines de 1969 se anunció la formación de una triple alianza con Sudán como tercer miembro. La alianza tenía como propósitos erigir un baluarte en contra de Israel y Occidente e impulsar la complementación económica. Sin

embargo, cuando en abril de 1971 se firmó el acuerdo el tercer integrante fue Siria y en septiembre de ese año constituyeron la Federación de Repúblicas Árabes. A mediados de 1970 Libia externó su conformidad para que Egipto aceptara las propuestas de Washington para un alto al fuego con Israel, aunque en los hechos Gaddafi continuó apoyando una política beligerante como respuesta al problema del Medio Oriente. En varias ocasiones el líder libio planteó la imposibilidad de una solución pacífica y rechazó la resolución del Consejo de Seguridad de la ONU en la cual Estados Unidos basó sus propuestas de paz. Libia también adoptó de inmediato una actitud más participativa en la cuestión palestina. En 1970 las tropas de Jordania se enfrentaron a las guerrillas palestinas, ante lo cual el régimen libio rompió relaciones con Hussein y retiró su ayuda financiera al Gobierno jordano. Rápidamente el nuevo régimen de Trípoli profundizaba sus diferendos en la región y sentaba las bases de su actual aislamiento político.

Prácticamente desde su arribo al poder el coronel Gaddafi tuvo serias discrepancias con sus vecinos y el mundo árabe en general, además, claro, de su abierta hostilidad hacia Occidente, en especial con Washington. Desde entonces se acusó a Libia de financiar y dirigir conspiraciones para derrocar diversos gobiernos africanos. Por ejemplo, sus reiteradas intervenciones en los problemas internos de Chad y su ulterior anexión del área desértica del norte de ese país produjeron severas condenas de otros países, además de que el conflicto ha significado un muy elevado costo para el erario de Trípoli. Las relaciones con Egipto están seriamente deterioradas (éstas se tornaron más tirantes desde el acuerdo de paz entre ese país e Israel), y son profundas las discrepancias con el movimiento palestino —donde la política libia ha sido sumamente contradictoria—, así como con Túnez, Siria, Zaire, Jordania y otros países más. El resultado es que en la actualidad "el coronel no tiene quien le escriba".

Relaciones con Estados Unidos. El deterioro de las relaciones libio-estadounidenses se inició de hecho desde 1969. El desalojo de las bases militares, la nacionalización de la industria petrolera y los límites impuestos a la inversión extranjera, así como el acercamiento al mundo árabe sobre la base de un papel más activo y más beligerante en los problemas de la región, constituyeron elementos decisivos en el curso de esa relación. Sin embargo, fue a partir del

arribo de Ronald Reagan a la Casa Blanca cuando los diferendos entre ambos países se recrudecieron y los incidentes se multiplicaron. En 1981, como resultado de la ocupación libia de territorio de Chad, la fuerza aérea estadounidense derribó dos aviones de Libia y a fines de ese año Washington prohibió la importación de crudo libio. En 1983 las relaciones empeoraron cuando la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA) "descubrió" un intento de golpe de estado en contra del Gobierno de Sudán, supuestamente organizado y patrocinado por Trípoli.

En 1985 la prensa estadounidense dio a conocer un plan de la CIA para desestabilizar el régimen de Gaddafi y de ese modo poner fin a la creciente ola de terrorismo internacional auspiciada, según esa Agencia, por el Gobierno libio. La sospecha se fortaleció cuando Egipto acusó a Libia de patrocinar el secuestro y desvío de un avión de las aerolíneas egipcias a Malta, incidente que ocasionó la muerte de 61 personas. A fines de ese año un comando palestino realizó ataques simultáneos en las oficinas de la aerolínea israelí El Al en los aeropuertos de Roma y Viena causando la muerte de 19 personas; Libia fue culpada. A principios de 1986 Reagan impuso severas restricciones al comercio con ese país, congeló activos libios y ordenó a las empresas con capital estadounidense que operaban en esa economía dar por terminadas sus actividades a más tardar en febrero. En junio ese proceso concluyó y actualmente el Gobierno libio negocia la compra de activos por valor de 1 000 millones de dólares.

Un diferendo sobre supuestos derechos de navegación condujo a un enfrentamiento militar entre ambos países en marzo de 1986. Desde 1973 el Gobierno libio sostiene que el golfo de Sidra constituye aguas territoriales y en 1985 —cuando las relaciones con Occidente empeoraron— Trípoli trazó una "línea de la muerte" a través del golfo cuya nevegación se permitiría previo consentimiento libio. Haciendo caso omiso de la advertencia y alegando que se encontraba en aguas internacionales la flota estadounidense se desplazó más allá del límite de advertencia y en marzo el ejército libio disparó contra aviones de combate norteamericanos que violaron su espacio aéreo; en represalia éstos destruyeron instalaciones de radar y de misiles en la región costera y hundieron cuatro buques patrulla. El 15 de abril la fuerza aérea estadounidense bombardeó Trípoli y Bengasi ocasionando la muerte a más de 100 per-

sonas, entre ellas un hijo de Gaddafi. Para justificar la agresión, Washington aseguró que tenía pruebas irrefutables de los estrechos nexos de Libia con el terrorismo internacional. Después de la incursión estadounidense las agencias informativas occidentales difundieron que el Coronel había perdido el control del Gobierno en manos del segundo hombre fuerte del régimen, el mayor Abdessalam Jalloud. Sin embargo, Gaddafi reapareció más fuerte que nunca y con un redoblado apoyo popular.

La reorientación económica

El primer sector importante que afectó el proceso de estatización fue el financiero. Hasta 1969 los bancos comerciales y compañías de seguros que operaban en Libia eran filiales de consorcios extranjeros. En ese año el RCC decretó que 51% del capital de todas las instituciones financieras fuese propiedad del Gobierno y que la mayoría de los funcionarios, incluyendo directores, deberían ser de nacionalidad libia. En la actualidad existen seis bancos comerciales en el país, todos bajo control nacional.

La política en materia petrolera también experimentó cambios importantes. El Gobierno extendió una serie de demandas a las compañías extranjeras, entre ellas: detener la sobreexplotación de los mantos, aumentar la injerencia estatal en las fases de distribución y comercialización de la industria y fijar un precio más justo para el crudo libio. En caso de que no se satisficieran las demandas, "no habría petróleo para nadie". "Este pueblo vivió sin petróleo durante 5 000 años y podría vivir sin él nuevamente", sentenció el Coronel. Al parecer las empresas extranjeras tomaron en serio el aforismo, pues las negociaciones se iniciaron de inmediato y en agosto de 1970 el precio del crudo libio se elevó por primera vez en diez años. El éxito de Libia hizo posible que otros países productores lograsen aumentos en la cotización de su petróleo.

El control sobre parte de la comercialización, la alta calidad de su crudo y la proximidad a los mercados de Europa Occidental permitieron a Libia desempeñar un papel más activo en la determinación de los coeficientes de explotación de su recurso y una mayor influencia en la fijación de sus cotizaciones. Resultado de su nueva capacidad de negociación fue la firma en Trípoli —en marzo de 1971— de un nuevo convenio en el cual se establecieron precios más altos para el crudo de los produc-

tores del Mediterráneo. Sin embargo, la propiedad de las acciones de las transnacionales petroleras se mantuvo sin cambio; ello ocurrió hacia fines del año señalado a raíz de un diferendo con el Gobierno británico.

En diciembre de 1971 el Gobierno libio se apoderó de los activos de la British Petroleum en represalia por el fracaso de la Corona británica para prevenir la ocupación iraní de las islas de Abu Musa y las Tumbs en el Golfo de Arabia. Esto marcó el inicio de la nacionalización de la industria petrolera. La compañía inglesa en sociedad con Bunker Hunt extraía 400 000 barriles diarios. Para continuar la explotación correspondiente a la British el Gobierno libio formó la Arabian Gulf Exploration Company y en 1973 nacionalizó la parte de la Bunker. Posteriormente los activos de la Texaco, la California Standar Oil y la Standar Oil Indiana —todas estadounidenses—, así como los de la Anglo-Dutch Shell Company pasaron a poder del Estado. En 1982 Libia poseía 81% de las acciones de la Elf-Aquitaine, 59.2% de la Oasis, 51% de la Occidental y 51% de la Agip.

En 1982 la Mobil, que había iniciado operaciones en territorio libio desde 1955, abandonó el país y en 1985 la Occidental vendió 25% de sus acciones a la Austrian State Oil Company. En junio de 1986, dos meses después del ataque estadounidense a las ciudades de Trípoli y Bengasi, las firmas Occidental, Conoco, Marathon, Mereda Hess y W.R. Grace se retiraron de Libia. Por ese entonces la producción conjunta de esas firmas era de 300 000 barriles diarios, aproximadamente un tercio de la producción total de crudo; la Corporación Nacional del Petróleo, empresa estatal, sólo contribuía con 21% de la extracción total. En la actualidad, la mayoría de las acciones de cada una de las compañías extranjeras que aún operan en Libia pertenece al Gobierno; esto le permite influir de manera decisiva en la política petrolera. La nacionalización no se ha llevado hasta sus últimas consecuencias debido a razones de índole tecnológica y de disponibilidad de mano de obra calificada.

El proceso de "desprivatización" se extendió a otras ramas de la actividad económica. De 1978 a 1981 un número importante de empresas de diversos giros se puso en manos de los comités de trabajadores, todos los negocios vinculados a la importación se transfirieron a corporaciones públicas y las licencias para ese tipo de actividades se cancelaron. En 1981 se deroga-

ron los permisos para tiendas de ropa, productos eléctricos y calzado, entre otros, y se decretó que al término de ese año la propiedad privada debería estar totalmente abolida y remplazada por los comités económicos del pueblo. Actualmente sólo existen vestigios de propiedad particular en pequeños establecimientos del sector servicios.

La planeación del desarrollo

La riqueza petrolera constituyó el sustento de la política económica del nuevo Gobierno. Desde un principio el régimen orientó el excedente derivado de la exportación de crudo a impulsar una estructura productiva más diversificada que pudiese atemperar el peso específico y relativo del petróleo en el producto nacional y a la vez sortear de una mejor forma las fluctuaciones del mercado internacional. El otro objetivo fundamental fue alentar el desarrollo integral del sector agrícola. Por esos años la industria estaba constituida en su mayor parte por la manufactura de ciertas artesanías, como el tejido de alfombras y la curtiduría, así como por el procesamiento de algunos productos agrícolas. Se pretendía, en principio, establecer industrias de bienes de consumo e intermedias, como las de materiales para construcción, vidrio, medicamentos y textiles de algodón y sintéticos. Posteriormente se emprendería la creación de industrias más complejas y el desarrollo de la industria pesada y estratégica, como la petroquímica y la del hierro y el acero. En cuanto a la agricultura, el régimen tenía la certeza de que el notable atraso del campo obedecía básicamente a la insuficiencia de recursos financieros.

Los objetivos centrales de la política económica se inscribieron en diversos esquemas de planeación. En un principio, sin embargo, la industria petrolera recibió un fuerte apoyo no sólo para mantener la producción y continuar los estudios geológicos del territorio, sino para ampliar la capacidad de refinación y elaboración de petrolíferos. De ese modo el país aprovecharía la tendencia alcista de los precios internacionales, la avidez de crudo del mercado internacional y la cercanía de los mercados de Europa desde su estratégica posición en el Mediterráneo, es decir, en el lado correcto de Suez. Todo ello le permitiría fortalecer sus finanzas y emprender los programas de desarrollo económico.

El proceso de nacionalización de los activos de las empresas petroleras durante los

primeros años de los setenta afectó hacia la baja la producción de crudo (en 1973 fue 34.3% menor que la de 1970), aunque ello se compensó con creces por el alza de las cotizaciones en 1973 —primer repunte histórico de los precios del crudo— y las cuentas externas mantuvieron una tendencia superavitaria. A partir de 1976 la producción reinició su ascenso que permaneció hasta 1979. En 1980 los ingresos de exportación de hidrocarburos llegaron a la cifra histórica de 21 919 millones de dólares, básicamente debido al notable incremento de las cotizaciones internacionales, pues el volumen exportado fue 13.7% menor que el de 1979. Al término del decenio el petróleo (de cuya producción total sólo 10% se emplea internamente) representó 65% del PIB y 99% de las divisas captadas por el comercio exterior, aunque proporcionó empleo a menos de 5% de la fuerza de trabajo del país. La riqueza petrolera impulsó desde 1970 numerosos proyectos químicos y la construcción de refinerías. En 1985 existían 21 refinerías en operación con una capacidad conjunta de 360 000 barriles diarios. La continuidad de las actividades de prospección hizo posible que en la actualidad las reservas probadas de crudo —la mayoría crudos ligeros de alta calidad— asciendan a 21 300 millones de barriles, suficientes para 53 años al ritmo actual de producción. Las reservas de gas natural son de 730 000 millones de metros cúbicos, suficientes para 90 años.

Desde la instauración de la República en 1969 hasta 1985 el Gobierno emprendió cuatro planes de desarrollo, todos ellos con el común denominador de inducir un cambio estructural de la economía. Así por ejemplo, el Plan de Desarrollo 1976-1980, conocido como Plan de Transformación Económica y Social, con una inversión de 9 250 millones de dinares (actualmente un dinar equivale a 3.3778 dólares), tenía como objetivos fundamentales impulsar la producción en el campo, fomentar una estructura productiva más diversificada, desarrollar la infraestructura y promover un mejoramiento de los niveles de bienestar social. Entre las metas del Plan destacaban la obtención de una tasa media de crecimiento del PNB durante el período de 10.5% y de 26% en la producción industrial. Empero, al término de 1980 la tasa media del producto bruto fue de 9.5% y el presupuesto ejercido sólo representó 80% de lo programado, debido a la limitada capacidad de absorción de recursos de la economía, en especial en el sector agrícola. Esto, además de generar incrementos de la demanda en una economía en alto grado

dependiente de importaciones de bienes de consumo, reveló errores de planeación que tuvieron un elevado costo financiero y un relativamente pequeño beneficio real. El más reciente esfuerzo de planeación lo constituyó el Plan de Cinco Años 1981-1985 que con propósitos similares a su antecesor contó con un presupuesto inicial de 18 500 millones de dinares (el doble del anterior). En éste se planteó elevar la participación del sector no petrolero en el producto de 35% en 1980 a 53% en 1985, así como lograr tasas de crecimiento económico de 9.4%. Cabe señalar que el sector no petrolero incluye aquí la manufactura, el comercio y los servicios. Debido a la abrupta caída de los ingresos petroleros desde 1983, los resultados quedaron por debajo de las metas y fue preciso realizar ajustes en diversos programas de desarrollo y bienestar social.

Agricultura

El desarrollo de la agricultura ha sido una preocupación constante desde 1950, pero los resultados no han sido del todo satisfactorios. A mediados de 1970 toda la tierra propiedad de italianos se confiscó y repartió a los campesinos, a quienes también se dotó de créditos, semillas, fertilizantes y maquinaria. Asimismo, el Gobierno emprendió importantes programas de regeneración e irrigación de tierras, así como cuantiosos proyectos de desarrollo agrícola que comprendían desde el establecimiento de granjas, hasta la construcción de carreteras rurales, centros de almacenamiento y enormes acueductos. Uno de los primeros efectos del cambio en la propiedad de las tierras de las áreas costeras se produjo en el empleo del agua. Se perforaron innumerables pozos irregulares y la tasa de bombeo fue tal que en áreas cercanas a Trípoli se triplicaron los índices de extracción del vital líquido. Según la FAO el bombeo de agua fue cuatro veces mayor que la tasa de recarga en la llanura de Gefara (cerca de Trípoli) y en otros lugares la relación fue de ocho veces. Ese deficiente manejo de los recursos empobreció más la tierra y agravó la escasez de agua.

Las inversiones destinadas a la agricultura han representado una parte muy importante del presupuesto gubernamental desde 1970. Se calcula que de ese año a mediados del actual decenio la agricultura absorbió cerca de 20% en promedio de los gastos totales para el desarrollo. Para tener una idea de esa magnitud, basta decir que en otros países productores de petróleo el

campo difícilmente recibe más de 10%. Sin embargo, a pesar de la cuantía de recursos volcados a esa actividad los resultados, en términos generales, han sido poco satisfactorios. En ello han sido determinantes el clima, la pobreza extrema de los suelos (95% del país es desértico; sólo 1.4% es cultivable) y la carencia y deficiente empleo de los recursos acuíferos. La participación de la agricultura en el PIB cayó de 2.3% en 1975 a 1.9% en 1980 y en la actualidad Libia tiene que importar una muy elevada proporción de sus requerimientos de alimentos.

La insuficiente capacidad de absorción de recursos financieros del sector agrícola (especialmente en las depredadas áreas de la costa) constituye uno de los problemas fundamentales del campo libio. Por tal motivo, a mediados de los setenta el desarrollo agrícola se trasladó al sur del país, donde existen grandes depósitos fósiles de agua (formados hace 30 000 a 60 000 años) descubiertos durante la búsqueda de mantos petroleros en el decenio de los sesenta. Otro elemento que incidió en el desfavorable desarrollo agrícola consistió en errores de planeación. Durante muchos años los estrategas libios se plantearon alcanzar las metas de producción sobre la base de la multiplicación de inversiones, lo cual fue posible gracias a los cuantiosos ingresos provenientes del petróleo, única fuente de financiamiento de la agricultura desde 1963. Esa concepción del problema hizo frecuente la realización de inversiones de más de 20 000 dólares por hectárea que en muchas ocasiones no rindieron lo previsto. En la actualidad la política agrícola ha hecho especial hincapié en la cuidadosa evaluación de las prioridades, lo cual ha permitido un empleo más escrupuloso de los recursos en una época en que los ingresos petroleros han descendido drásticamente y en que una gran proporción del gasto de desarrollo se ha comprometido en el gigantesco y costosísimo proyecto para transportar agua desde las corrientes subterráneas del Sahara y en la construcción de la siderúrgica de Misurata.

La aguda carencia de agua continúa siendo el principal obstáculo para el desarrollo agrícola. Con vías a solucionar esa deficiencia, en 1983 se inició el Great Man-Made River Project mediante el cual se pretende transportar dos kilómetros cúbicos de agua desde las reservas subterráneas en el sureste del Sahara hacia Sidra y Bengasi —una distancia de 2 000 kilómetros— y un kilómetro cúbico desde el suroeste hacia Trípoli, 900 kilómetros de recorrido. Con más de tres kilómetros cúbicos del líquido (actual-

mente emplea cerca de 0.75 kilómetros cúbicos de agua subterránea) Libia deberá tener tanta agua per cápita como Egipto. Ese flujo podría hacer posible acercarse a la autosuficiencia alimentaria, pues el nuevo líquido del sur podría irrigar 300 000 hectáreas; actualmente el área de riego es de 200 000 hectáreas, la mayoría en la llanura de Gafara.

Situación reciente

Durante los setenta la economía libia registró un notable crecimiento. En ese período buena parte de los beneficios derivados de la riqueza petrolera se distribuyó entre todos los sectores de la sociedad, lo cual se manifestó en una mejoría de las condiciones generales de bienestar de la población; el ingreso per cápita llegó en 1979 y 1980 a una cifra equivalente a la de algunos países industrializados, a pesar del elevado crecimiento de la población (más de 3% en promedio). Las mejoras sociales dieron a Gaddafi un gran apoyo popular, en especial de las áreas urbanas. En 1980 el PIB a precios corrientes se elevó 34.3%, los ingresos por exportación de crudo llegaron a la cifra récord de 21 919 millones de dólares, el superávit de la balanza comercial ascendió a 11 550 millones y la cuenta corriente de la balanza de pagos tuvo un flujo positivo de 8 214 millones de dólares. Sin embargo, el rápido crecimiento económico y la favorable evolución de distintos agregados no se revirtieron en un cambio cualitativo importante de la estructura productiva. A pesar de los esfuerzos por construir una economía menos dependiente de un producto cuyo precio se determina en los mercados internacionales, la industria petrolera continuó generando la mayor parte del PIB (65% a costo de factores); los avances reales en la agricultura fueron reducidos y su participación en el mismo agregado fue de 1.6%, en tanto que la manufactura sólo aportó 2.1 por ciento.

En 1980 el auge económico impulsado por la riqueza petrolera llegó a su término, aunque de hecho el punto culminante se produjo un año antes (en 1979 el PIB a precios corrientes aumentó 37.9%, 3.6 puntos porcentuales más que en 1980). Al empezar a rendir frutos las políticas energéticas de los países consumidores de crudo, la demanda por el combustible gradualmente se redujo y los mercados se tornaron sumamente competidos. Esto, junto con la fragilidad de los acuerdos de la OPEP y el surgimiento de nuevos productores, condujeron al deterioro de las cotizaciones que

afectaron con severidad a los países exportadores del combustible. En 1981 los ingresos obtenidos por la exportación de petróleo descendieron 29.2%, lo cual se manifestó en una caída del PIB a precios corrientes de 11.3% (de -4.2% a precios de 1980). En 1983, cuando el cártel petrolero decidió la primera baja oficial de precios en la historia de la organización, dichos ingresos cayeron a cerca de 10 000 millones.

Así como el petróleo fue el detonante del crecimiento económico, en esta nueva etapa determinaría su descenso. De 1980 a 1984 el índice de producción de crudo (1980 = 100) cayó 40% y en el mismo lapso el PIB a precios corrientes registró una tasa media negativa de 6.9%; el Plan de Cinco Años 1981-1985 preveía una tasa media anual positiva de 9.4% durante todo el período. El descenso de la producción de petróleo se manifestó en un cambio importante de la composición del producto. En 1984 dicho sector aportó 40% del PIB total a costo de factores, mientras que en 1980 el coeficiente fue de 65%; en 1984, asimismo, los servicios contribuyeron con 39%, 26 puntos más que en 1980. La manufactura y la agricultura representaron 6 y 4 por ciento, respectivamente. La desfavorable coyuntura y no los planes de desarrollo fue lo que finalmente produjo un cambio importante en la estructura económica, aunque, desde luego, ése no era el medio deseado por el Gobierno.

La relativa escasez de recursos que produjo el deterioro del mercado petrolero internacional durante los primeros años del actual decenio significó la aplicación de diversas medidas de carácter recesivo. Se decretaron importantes recortes presupuestarios que derivaron en la postergación y cancelación de proyectos industriales y de desarrollo social, siendo los más afectados los programas de vivienda y de construcción de carreteras. El presupuesto de egresos para 1985 aprobado por el Congreso General del Pueblo fue 18.3% menor que el de un año antes; los gastos administrativos y de desarrollo sufrieron un recorte de 16.7 y 19.4 por ciento, respectivamente. El gasto bélico, empero, continuó absorbiendo una elevada proporción de las erogaciones totales. Las importaciones también se sujetaron a severas reducciones, lo cual acrecentó la escasez de insumos básicos y alimentos.

Los apremios financieros se manifestaron en un creciente deterioro de las cuentas externas. En 1984 el superávit comercial cayó a 2 564 millones de dólares (23.9% menos que un año antes) y el défi-

cit de la cuenta corriente ascendió a 1 524 millones. De 1981 a 1984 el déficit acumulado de esta cuenta ascendió a 8 690 millones de dólares, 98.4% del superávit comercial acumulado en el mismo período. En 1985 la cuenta corriente registró de nuevo superávit (1 890 millones) como resultado de un descenso de 33% en el valor en las importaciones y de un incremento de las operaciones de trueque de crudo por otros productos, lo cual mitigó en alguna medida la caída del valor de las exportaciones. En ello también influyó hasta cierto punto la decisión del Gobierno libio —más por razones políticas que económicas— de expulsar a cerca de 150 000 trabajadores egipcios y a un número también importante de trabajadores tunecinos. Se calcula que las remesas al exterior por ese concepto ascendieron en 1983 a más de 2 000 millones de dólares.

La caída de los petrodólares y la dificultad de Libia para obtener financiamientos de la banca occidental, obligó al Gobierno a emplear cada vez en mayor medida las reservas del país para cubrir los desequilibrios financieros. Las reservas internacionales pasaron de 12 842 millones de dólares en 1980 a 3 634 millones en 1984; en 1985 se recuperaron a 5 904 millones. Se estima que a mediados de 1986 —cuando los precios del crudo cayeron a su nivel más bajo— las reservas eran de 2 000 a 3 000 millones de dólares.

Durante 1986 los problemas económicos se acentuaron; el precio promedio del barril de crudo Es Sider libio cayó a 14 dólares, 13 dólares menos que un año antes. Los ingresos por exportación de crudo se redujeron a 4 000 millones de dólares, la cuenta comercial registró un superávit de sólo 95 millones de dólares (en 1985 fue de 4 640 millones), la balanza de servicios un déficit de 2 205 millones, el PIB a precios corrientes tuvo una variación negativa de 15.8% y las restricciones presupuestarias se ahondaron. En ese año los gastos corrientes disminuyeron 13.7% y los de desarrollo se mantuvieron sin cambio. El esfuerzo del Gobierno se centró en completar algunos programas prioritarios, restringir aún más las importaciones, incrementar las operaciones de trueque sobre la base del petróleo, reforzar los controles cambiarios y disminuir el número de trabajadores extranjeros. Las medidas recesivas afectaron el nivel de bienestar de la población, lo cual propició el surgimiento de una creciente inconformidad de algunos grupos sociales y produjo serias divergencias entre los más altos dirigentes sobre la política

ca económica más adecuada para hacer frente a la problemática situación del país.

El futuro inmediato

En el transcurso de 1987 los diferendos políticos internos se sumaron a los problemas económicos. Las discrepancias políticas se agravaron desde el principio del año cuando las tropas libias fueron derrotadas de manera aplastante por los efectivos chadianos. Posteriormente, las fuerzas de ocupación libias fueron expulsadas de la franja fronteriza de Aouzou, la cual estuvo en su poder durante 14 años. En 1973 Gaddafi se anexó esa zona —rica en minerales— aduciendo que formaba parte de Libia. Chad, por su parte, sostiene que esa franja le pertenece desde que se independizó de Francia en 1960. El desastre militar —así calificado por importantes funcionarios del régimen— en el norte de Chad afectó seriamente el liderazgo y la imagen del líder árabe. A pesar del enorme gasto bélico (12 000 millones de dólares en el último decenio) el ejército sufrió grandes pérdidas humanas y materiales.

La guerra con Chad empeoró aún más las relaciones con sus vecinos (hostilidad en buena parte alimentada desde Washington) y exacerbó el descontento de ciertas capas de la sociedad por la ya alarmante escasez de bienes de consumo, mientras que por otro lado se gastan cuantiosos recursos en la guerra. Otro factor que causó malestar fue la sorpresiva decisión del Gobierno de trasladar la capital de Trípoli hacia Al-Sufra, 650 kilómetros al sureste de la actual capital. El remedio a las presiones sociales y a los diferendos políticos podría provenir de la solución, por lo menos parcial, de los problemas económicos. Sin embargo, esto depende en alto grado de factores externos fuera de control de los estrategas libios, como lo es el comportamiento del mercado petrolero internacional. Se prevé que al final del año en curso los ingresos petroleros difícilmente lleguen a 6 000 millones de dólares. Es muy improbable, por tanto, que las restricciones presupuestarias y a las importaciones se eliminen en el corto plazo.

La problemática situación económica y política dio lugar a profundas fricciones entre el coronel Gaddafi y el segundo hombre fuerte del régimen, el mayor Abdessalam Jalloud. Las discrepancias atañen tanto a la conducción económica como a la actitud que debe tomar el país con respecto al movimiento de oposición en el exilio. En

el campo económico Jalloud sostiene que si bien Libia ha evitado endeudarse con el exterior a pesar de la caída de las divisas petroleras (en 1986 éstas fueron de 4 000 millones de dólares), no lo es menos que el presupuesto enfrenta un desequilibrio de cerca de 3 000 millones de dólares, que la deuda de corto plazo asciende a 6 000 millones y que el déficit de la cuenta corriente podría llegar al término del año a más de 2 000 millones de dólares. Según Jalloud esa situación sólo pudo corregirse mediante una significativa reducción del gasto público —en especial en el relativo a los subsidios al consumo y a las importaciones (de 4 500 a 5 000 millones de dólares), así como a las transferencias a los gobiernos locales— y una reorganización de la economía que regule la gestión estatal en ciertas áreas. Las propuestas de ese personaje, quien tiene un gran poder dentro de los comités revolucionarios, se asemejan en mucho a los programas de estabilización del FMI, razón por la cual no son muy bien vistas por el Coronel. A lo más que ha llegado Gaddafi es a otorgar ciertas concesiones de poca monta, como por ejemplo el retorno a la propiedad privada —dentro de ciertos límites— en el comercio al menudeo, aunque son tales las restricciones que muy difícilmente se llevará a cabo.

En el campo de la política interna Gaddafi también ha propuesto algunos cambios importantes. Por ejemplo, ha externado su deseo de inducir un regreso paulatino a los principios de la República Socialista Árabe, instaurada al triunfo de la Revolución en 1969. La razón fundamental es que la Jamarhiya (forma de gobierno basada en los féreos principios del Corán) es muy impopular, particularmente bajo la crisis económica actual. Las propuestas del caudillo también incluyen la transformación de los comités revolucionarios, que frecuentemente se han utilizado como fuerzas represivas, y su adhesión a un partido político único. Esto último tiene el propósito explícito de eliminar o por lo menos debilitar la base de poder de Jalloud, quien actualmente posee el control de dichos comités. En el orden diplomático Gaddafi ha desarrollado una intensa actividad en los últimos meses. Recientemente inició un acercamiento político con los países del Magreb (Túnez, Argelia y Mauritania; Marruecos también pertenece a esa región, pero el apoyo libio y argelino al Frente Polisario en su guerra de ya 17 años con el gobierno de Rabat impide avanzar hacia un acuerdo diplomático). Como resultado de su periplo a principios de octubre se reanudaron relaciones con Túnez, interrumpidas des-

de 1985 a raíz de la expulsión masiva de trabajadores tunecinos de territorio libio. Esto salvó el obstáculo que impedía a Libia incorporarse al tratado de amistad de 1985 signado por Mauritania, Túnez y Argelia. Se prevé que el acercamiento a esos países producirá acuerdos concretos en la esfera económica, lo cual, a la vez que daría fin al aislamiento de Trípoli, constituiría el primer gran triunfo diplomático de Gaddafi desde el ataque estadounidense en abril de 1986.

Otro importante desacuerdo entre los dos hombres más importantes del régimen se refiere a la actitud que se debe adoptar ante la oposición en el exilio. Desde hace meses esa facción emprendió una labor de acercamiento con el régimen con vías a lograr la conciliación y reforzar la unidad nacional. Esos llamados encontraron eco en algunos importantes funcionarios del Gobierno, entre ellos Jalloud. Sin embargo, Gaddafi se opone firmemente a cualquier intento de acercamiento, pues ello le representaría ceder una buena parte del poder —si no toda— a esos grupos. Así, el líder libio no tiene la menor intención de dar marcha atrás y está dispuesto a emplear la fuerza para terminar con los opositores de dentro y de fuera del país. La violenta desaparición de un prominente líder del Frente de Salvación Nacional de Libia —el principal grupo opositor— en julio último constituyó, según las agencias occidentales, una muestra de la firmeza del régimen.

La crisis económica, la derrota en Chad y las fricciones con el mundo árabe y Occidente han producido serias fisuras en el Gobierno libio y consecuentemente erosionado el poder de Moammar al-Gaddafi. En el pasado la insubordinación del mayor Jalloud se hubiese resuelto rápidamente. En la actualidad la influencia real de ese personaje en grupos poderosos del régimen, así como sus buenas relaciones con Moscú, representan serios obstáculos para cualquier solución radical. Sin embargo, Gaddafi aún es la figura más carismática del régimen y cuenta con un amplio apoyo del ejército y de su poderoso grupo tribal-Qadhadhfa que ocupa importantes posiciones en los altos mandos de las fuerzas armadas y en los cuerpos de seguridad. Esto lo saben sus opositores y mientras la balanza no se incline hacia otro lado evitarán una confrontación directa con el Coronel, quien pese a su pérdida de hegemonía continuará en el timón durante algún tiempo más. □